

hijo para decirle que cuando las sombras de la muerte lo envolviesen todo en torno suyo, podría darse cuenta de que había otra vida más grande y llena de claridad. Pero en su mayor parte los hombres dejan de pensar cuando están pasando los linderos de la vida. La muerte parece un sueño. La interrupción de las funciones de la respiración es la única causa aparente de malestar para el moribundo, y aun eso se siente poco. La respiración se va haciendo cada vez más pesada, y al fin cesa juntamente con el dolor. Sir Enrique Halford dice que « entre el gran número de personas á quienes se había visto obligado á asistir por deber profesional en las últimas horas de su vida, le había sorprendido algunas veces ver cuán pocos parecían temer el paso á la región inexplorada cuyas fronteras no puede volver á pasar ningún viajero. » « Ahora tengo ganas de dormir, » dijo Byron; y la última palabra que dijo Lindhurst medio adormilado, fué : « Dormido, » antes de abandonar la vida.

En realidad, morir cuando la enfermedad ha hecho su obra, no es más penoso que dormirse.

« Como un reloj desgastado á fuerza de devorar tiempo, las ruedas de la vida pesada llegan al fin á pararse. »

Aunque los signos aparentes que se ven en las facciones de los que mueren pueden indicar angustia, los parientes deben consolarse con la seguridad de que cuando se inicia el cambio que termina en la muerte han acabado en realidad todas las penas. Los espasmos y convulsiones musculares son en tales circunstancias completamente independientes de la sensibilidad, y meros actos inconscientes. La muerte es la más moderada separación posible entre la vida y la materia;

en muchos casos, si no en todos, se halla acompañada por la sensación descrita en estos hermosos versos de Spencer :

« El sueño, después del trabajo, el puerto después de los mares tempestuosos, la calma después de la guerra, la muerte después de la vida, causan gran placer. »

Sin embargo, en el punto de la muerte hay algunas veces una momentánea exaltación del ánimo, que vigila el tránsito con una ojeada luminosa y muestra el triunfo del espíritu sobre la materia en el momento de su separación final. Las almas se agitan como los últimos resplandores de las velas en sus candeleros, y el soplo que se escapa del moribundo es con frecuencia un notable comentario de la vida pasada. Los fisiólogos nos enseñan que esta exaltación preternatural del ánimo en tales momentos se asemeja al estado del que sueña más que á ninguna otra condición mental conocida. Sin embargo, las ideas que pasan por la mente parecen ser sugeridas en cierta manera por las circunstancias externas. Tal es el caso de la muerte de un distinguido juez, que viendo á sus parientes rodear su lecho tristes y gemebundos, se incorporó en en él, y dijo con aire de dignidad : « Señores del jurado, verán ustedes... » Entonces cayó hacia atrás sobre las almohadas, y expiró.

Entre las palabras célebres pronunciadas en la última hora por ciertos grandes hombres, merecen citarse las de Goethe. Se levantaba para ir á disfrutar la luz del nuevo sol, cuando le tocó el dedo de la muerte, y cayó hacia atrás en el sofá murmurando : « Dass mehr Licht hereincomme, » y pasó de esta vida á la

eterna. ¡ Más luz ! La suplica del genio expirante resuena de mundo en mundo.

Al fin de la larga enfermedad de Schiller, un amigo le preguntó cómo se sentía : « Cada vez más tranquilo, » le respondió. Algo después alzó la vista, y dijo : « Voy viendo muchas cosas cada vez con más claridad. » Y diciendo esto, su noble y puro espíritu abandonó la vida. Á Keats le preguntaron poco antes de morir cómo se sentía : « Mejor, contestó, siento las margaritas que crecen sobre mí ». El sol iluminaba brillantemente la habitación donde murió Humboldt, y se dice que las últimas palabras dirigidas á su nieta fueron : « ¡ Qué grandes son esos rayos ! Parece que hacen señas desde el cielo á la tierra. » Cuando el hijo de Fichte se acercó á él con una medicina, en sus últimos momentos, dijo : « Déjala ahí, ya no necesito medicinas; siento que estoy bien. « Es tiempo de ir á descansar », dijo Richter.

Entre las palabras memorables que los grandes hombres han pronunciado en su lecho de muerte, figuran las de Johnson : « Vivid bien. » sir Wálter Scott decía á su yerno : « Sed virtuoso, religioso y hombre honrado ; no puedo daros mayor consuelo en el momento de morir. » Cuando el ejecutor de sir Walter Raleigh le rogó que se arrodillase y pusiese la cabeza sobre el tajo, mirando hacia el Oriente, dijo : « No importa que la cabeza esté de un modo ó de otro, con tal que el corazón sea recto. »

Cicerón dice que Platón estaba escribiendo en el momento de su muerte, á la edad de ochenta y dos años. Lucano murió recitando los versos de su *Farsalia*. Roscommon repetía en el momento de expirar los versos de su traducción del *Dies iræ*. Hélder

terminó su vida escribiendo una oda á la divinidad. Su pluma quedó en el último verso. Cuando Ticho-Brahe estaba para morir repitió varias veces en medio del delirio : « *Ne frustra vixisse videar.* » « No quisiera que pareciese que he vivido en vano. » Las últimas palabras de Abelardo, que apenas se oyeron, fueron : « No sé, » como si respondiese á la pregunta que se había propuesto mucho tiempo antes : « ¿ Qué sé ? » Cuando Federico II de Dinamarca se hallaba en la agonía, el doctor le tomó el pulso : « Dejad el pulso que lata como pueda, sabemos que la gracia de Dios no puede faltar nunca. » Cuando preguntaron á Isaac Wast cómo se sentía, respondió : « Esperando el permiso de Dios para morir ; » y en medio de esta paz del ánimo expiró á los setenta y cuatro años. Las últimas palabras del doctor Andrés Combe fueron : « ¡ Feliz, feliz ! » Oehlenschlager, el poeta dinamarqués, cuando se sintió á punto de morir, llamó á su hijo para leerle un pasaje de su tragedia *Sócrates*, en que el sabio griego habla de la inmortalidad del alma. El poeta se expresó con más convicción que nunca acerca de este asunto, y hablando de esta suerte expiró.

Son dignas de recordarse las últimas palabras de algunos guerreros y hombres de Estado. La elocuencia de Pericles era su nota característica, aunque no la más grande : estando para morir afirmó que su mayor honor consistía en que no había causado la desgracia de ningún ateniense. Las últimas palabras de Federico V de Dinamarca fueron : « No hay una gota de sangre en mis manos. » Napoléon, por cuya causa habían muerto en las batallas multitud de hombres, tenía la guerra metida en la cabeza hasta el fin de su vida : « Tête d'armée... » fueron sus últimas pala-

bras. Las de Nelson, por el contrario, fueron : « Doy gracias á Dios ; he cumplido con mi deber. » Cuando Kosciusko murió atravesado por la lanza de los rusos exclamó : « ¡ Este es el fin de Polonia ! » Una de las frases más célebres fué la de Gustavo Adolfo : « Soy el rey de Suecia, y he sellado con mi sangre la libertad y la religión de toda la nación germánica. » El emperador Rodolfo dijo al morir : « Estoy en el camino de Espira, para visitar á los reyes mis predecesores. »

El último acto de sir Felipe Sidney fué tan noble como su vida entera. Cuando al caer herido en los fatales campos de Zutphen vió los ojos de un soldado moribundo fijos en el agua, que acercaba á sus labios secos, le dijo : « Tu necesidad es más grande que la mía. » Así habló el héroe y el caballero. Algo semejantes á estas fueron las palabras del héroe moribundo de la Coruña. Cuando las cirujanos se precipitaron en su auxilio, sir Juan Moore dijo : « Ustedes no me pueden servir de nada ; acudan á los soldados, á quienes pueden ser útiles. Yo no necesito ya de su habilidad. »

Entre Outram y Havelock, los héroes de la India, mediaba mutua estima y no interrumpida amistad. Cuando sir Jacobo acudió á visitar á su camarada moribundo, Havelock le dirigió estas únicas palabras : « Outram, por más de cuarenta años he arreglado mi vida de suerte que cuando la muerte se encontrase conmigo pudiese mirarla frente á frente sin miedo. » Después, volviéndose hacia su hijo, dijo : « Mira, hijo mío, cómo puede morir un cristiano. » Un oficial del estado mayor dijo á lord Hardingue después de ganada la batalla : « Mylord, Havelocck es un soldado en toda la extensión de la palabra. » — « Si, res-

pondió el veterano general, Havelock es un soldado en toda la extensión de la palabra, pero es más aún, y esto le honra más : es un verdadero cristiano. » Las últimas palabras de sir Enrique Lawrence son dignas de eterna memoria : « Que no haya ruido por mí, que me entierren con los soldados. »

Entre los hombres de Estado hay pocas frases dignas de memoria. El Carenal Wolsey se vió atacado de una repentina enfermedad mientras hacia su última visita á Londres, y se refugió en el monasterio de Leicester. Kingston, el teniente de la torre, fué á visitarle, acaso para prenderle. Wolsey le dijo cuando se sintió morir : « Si hubiese servido á Dios con tanta diligencia como he servido al rey, no me hubiera desdenado en mi vejez. » Cuando Roberto Cecil, el gran hombre de Estado, consumido por los cuidados de su cargo, llegó al punto de morir, dijo á sir Guillermo Pope : « Se estremece uno de alegría y de placer al oír hablar de la muerte ; pero mi vida, llena de cuidados y miserias, aspira á la disolución. » « ¿ No podrán salvarme mis riquezas ? » exclamó el Cardenal de Beaufort. « ¡ Cómo ! no podrán corromper á la muerte ? » Las últimas palabras de la reina Isabel fueron : « ¡ Todos mis Estados por un momento de tiempo ! » Cuán diferentes fueron las últimas palabras de Washington ; « : Está bien ! » Las últimas palabras de Pitt, dichas media hora antes de su muerte, fueron : « ¡ Oh mi país ! ¡ cómo amo á mi país ! »

Turner, el artista, estaba tan atormentado por el deseo de la alabanza del público, que mandó que uno de sus grandes cuadros le sirviese de paño mortuario. Sir Francisco Chantrey bromeó con él acerca de esta disposición. « Está bien, hijo mío ; si quieres ser en-

terrado con esa pintura, puedes estar tranquilo; nosotros seguramente la volveremos á sacar mañana. » La pintura era el famoso cuadro de Cartago, que se halla ahora en la Galería nacional. Bacon, el escultor fué enterrado en la capilla de Whitfields, en Totenham Court Road, y se puso sobre la lápida de su tumba la siguiente inscripción por indicación suya : « ¿ Qué era yo como artista? Esto me parecía de alguna importancia mientras viví; pero ¿ qué soy realmente como fiel de Jesucristo? es lo único que ahora me interesa. » Si es cierto, como lo cree el doctor Fletcher, que en el momento de morir el alma se suele encontrar tan exaltada que en un momento tiene como una visión instantánea de toda su vida pasada, podemos comprender los horrores que experimentó el alma de Carlos IX en su lecho de muerte, que se figuraba oír aún los gemidos de sus súbditos que fueron degollados por su orden en el día de San Bartolomé. Pero Luis XIV es mucho más censurable en lo que se refiere á la prosperidad de Francia por su persecución de los hugonotes en la siguiente centuria. Se vieron perseguidos, presos y desterrados á todos los países, á Alemania, Suiza, Holanda, Inglaterra, América y Africa. Murieron separados los hermanos de las hermanas y con medio mundo entre ellos, pero todos se vieron reunidos el último día. Este rey, falsamente llamado Grande, se vió atormentado en sus últimos momentos por el recuerdo de sus terribles acciones.

El fin de algunos Presidentes Americanos fué mucho más pacífico. Adams y Jefferson murieron ambos el 4 de Julio de 1826, en el décimoquinto aniversario de la declaración de la Independencia. El día empezó con el repique de campanas y las descargas de fusilería, y el

toque de diana despertó al moribundo Juan Adams. Preguntáronle si sabía lo que aquello significaba. Pasado un momento dijo : « Sí, es el glorioso 4 de Julio. Dios lo bendiga; Dios os bendiga á todos. » Poco después añadió : « Éste es un grande y glorioso día. » Tras una ligera pausa, preguntó : ¿ Vive aún Jefferson? » Durante la mañana le dió el último ataque, y se durmió á las seis de la tarde. Jefferson murió á la una del mismo día, y sus últimas palabras fueron éstas : « Entrego mi alma á Dios y mi hija á mi país. » Los dos viejos rivales y amigos se fueron juntos á presentarse ante su Hacedor. Jacobo Monroe, como Adams y Jefferson, murió el 4 de Julio. Sabido es que Webster, antes de morir, yacía medio aletargado, cuando de pronto prorrumpió con voz alta, clara y vibrante como el sonido de una trompeta : « ¡ Vida!; vida!; muerte!; muerte!; qué curioso es esto! » Poco después expiró.

Concluimos con las palabras de Carlos Fitz-Geoffry, el poeta y predicador que, hablando con motivo de la muerte de Mistress Pym, madre del célebre hombre de Estado, en 1620, dijo estas hermosas y memorables palabras :

« El hombre es como un libro; su nacimiento es la portada; su bautismo, la dedicatoria; sus gritos y gemidos la advertencia al lector; su infancia y niñez el argumento y contenido de todo el tratado siguiente; su vida y acciones el asunto; sus crímenes y errores las erratas de imprenta; su arrepentimiento la fe de erratas. Ahora bien; hay algunos volúmenes en folio y otros pequeños en 16°; algunos están bonitamente encuadernados; los hay de pergamino fuerte; los hay de papel delgado; unos tienen por asunto la piedad y la

bondad; y otros, y son demasiados, son libelos, libros licenciosos y locos; pero en la última página de cada uno hay una palabra que es *finis*, y ésta es la última palabra de todo libro. Tal sucede con las vidas de los hombres: las hay más largas, más poderosas, más débiles, más brillantes, más groseras, más santas, más profanas; pero la muerte llega *in finem*, á lo último para poner término á todas, porque es el fin de todos los hombres.

FINIS

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

CAPITULO PRIMERO

EL HOMBRE Y EL CABALLERO

Páginas.

Vida y trabajo. — Puntualidad. — Voluntad. — Dificultades. — Ratos de ocio. — Variedad en las ocupaciones. — Pesca. — Paseos. — Equitación. — Jardinería. — Invenciones. — Astronomía. — Historia natural. — Laboriosidad de los caballeros. — El verdadero caballero. — Origen humilde. — Cortesía y buen humor. — Simpatía. — Honor y valor. — Las señoras. — Ley de pureza.....

1

CAPÍTULO II

GRANDES HOMBRES. — GRANDES TRABAJADORES

Trabajadores intelectuales. — Trabajadores artísticos. — Fastidio. — Fracasos y éxitos. — Literatos. — Soldados. — Hombres científicos. — Astrónomos. — Viajeros. — Observadores. — Reformadores y predicadores. — Autores. — Lingüistas. — Autores dramáticos. — Novelistas. — Poetas. — Historiadores. — Músicos. — Genios. — Doctores y cirujanos. — Grandes hombres producto de su época

47